



De los sentidos al sentimiento: **El corazón de Damián**

En la sesión anterior hemos redescubierto todo lo que vivió Damián desde sus sentidos, desde el exterior. Ahora vamos a hacer un nuevo viaje, pero esta vez al interior de Damián, a su corazón. ¿Cuáles eran sus sentimientos? ¿Cuál era su fuerza para afrontar todo lo vivido en Molokai?

Puede que tengas también alguna idea preconcebida, alguna opinión previa de lo que pretendemos. Es por ello que haremos una metodología similar:

- En una hoja que te dará el profesor (con un corazón en ella) escribirás lo que piensas que el P. Damián sintió y cuáles eran sus sentimientos desde el corazón.
- Posteriormente el profesor te leerá algunas palabras de Damián.
- Tras ellas añadirás con otro color nuevas aportaciones.

Al finalizar la clase proponemos que el profesor invite a los alumnos a escribir a Damián. Sus familiares y amigos sólo tenían esta posibilidad para hablar con él y expresarle su ánimo o admiración. Para Damián estas cartas eran muy importantes, pues en ocasiones se sintió también solo. Podría acabarse todo el trabajo con una exposición de las cartas de Damián junto a las cartas que escriban los alumnos.

Algunos sentimientos de Damián

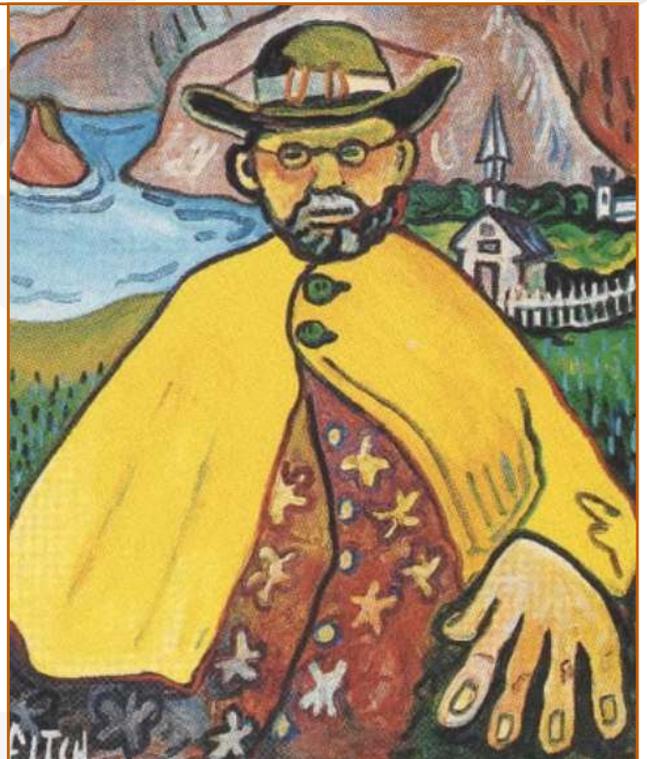
Encuentro mi mayor felicidad en servir al Señor en estos niños sufrientes que los hombres rechazan. Me esfuerzo en conducirles a todos por el camino del cielo.

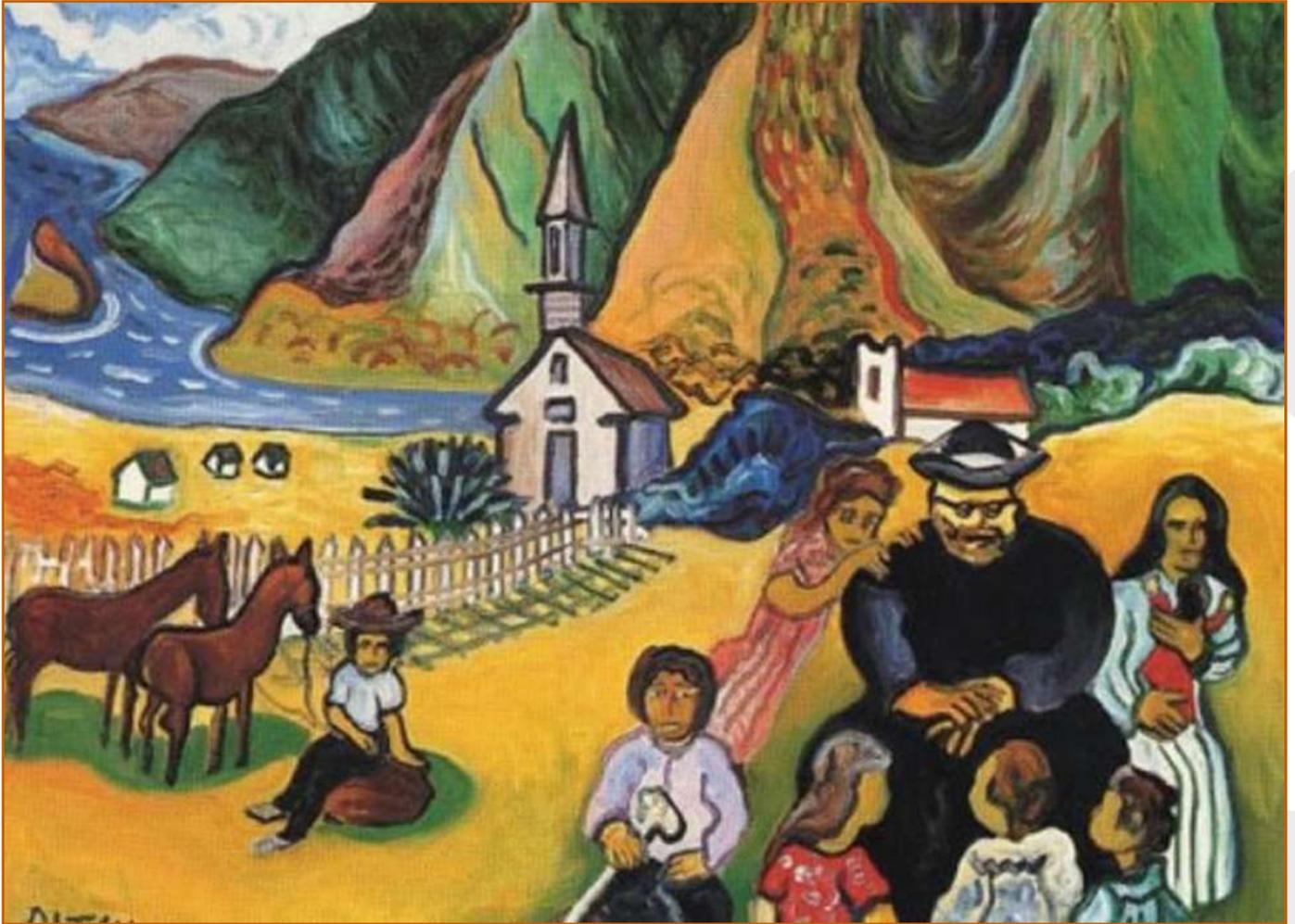
Casi todos desean morir católicos y hago cuanto puedo por prepararles bien. En este trabajo es en el que encuentro mi mayor consolación.

Desde que estoy aquí, he enterrado cada año de ciento veinte a doscientos difuntos. Y sin embargo el número de leprosos vivientes siempre es de unos setecientos.

Sin el Santísimo Sacramento una posición como la mía no sería tolerable. Pero teniendo a Nuestro Señor cerca de mí, estoy siempre alegre y trabajo con ardor por la felicidad de mis leprosos.

Sin la constante presencia de nuestro divino Maestro en mis pobres capillas, no habría podido, sin duda, perseverar en mi resolución de compartir la suerte de los leprosos de Molokai.





No, no querría recuperar la salud, si mi partida de la isla y el abandono de mis trabajos hubieran de ser el precio que tuviera que pagar.

De la mañana a la noche estoy en medio de miserias físicas y orales que destrozan el corazón. Sin embargo trato de mostrarme siempre alegre, para levantar el coraje de mis enfermos.

Personalmente nunca dio pie a la vanagloria.

A los elogios espontáneos a su labor sencillamente correspondía:

Trabajo para Dios y no hago más que cualquier otro sacerdote haría en estas islas.

Y, cuando se le preguntaba por qué no lucía su condecoración real, guardada en un estuche de cuero, cubierto de polvo, alegaba sonriente:

Es que siento muy mal en mi raída sotana.

La enfermedad y el sufrimiento no logran desanimarme ni mucho menos. Hasta ahora me siento feliz y contento y, aunque me fuese posible marchar de aquí con plena salud, diría sin vacilación: me quedo hasta el final de mis días entre mis leprosos.

La alegría y la paz que me otorgan los Sagrados Corazones me dan la sensación de que soy el misionero más feliz del mundo. El sacrificio de mi salud que Dios ha querido aceptar, mientras Él hacía fructífero mi trabajo entre los leprosos, me parece ligero y hasta agradable.

